

INTRODUCCIÓN

La vida como un caleidoscopio

La fotografía es de 1950. En ella, un hombre de perfil, cejudo y con una calvicie que es más anuncio que recuerdo, sostiene la reproducción en estuco de una máscara maya. El hombre se yergue como reflejo virtual de la pieza arqueológica. La mira con devoción y altanería, como retándola a salir del mundo mineral en que reposa el espíritu que esculpió, alguna vez, un milenio atrás, esa cabeza de mármol veteado...

Ese hombre ya no existe. Sus últimas palabras fueron, según recogió la prensa aquella tarde del 16 de febrero de 1977: "Por favor, avisen a Chabelita que me van a operar. Diganle que rece mucho por mí". Chabelita era el ama de llaves de la casa que habitaba en Sierra Nevada 779, y ocupaba el lugar anímico de dona Deífilia Cámara, madre del hombre que estaba por morir en el Hospital de la Raza por las complicaciones de una peritonitis. Algunos pensamos que el paisaje mató a ese hombre; es decir, su ausencia: dos semanas antes un par de ladrones había irrumpido en su casa para llevarse varios óleos de José María Velasco, a quien tanto admiraba. Tenía recién cumplidos los 80 años de edad y era Senador por su natal Tabasco, aunque algunos lo suponían más joven: uno de los vanidosos trucos que prefería aquel hombre era precisamente el de quitarse los años...

El caleidoscopio es un juguete casi mágico: una suerte de espejos armados en prisma triangular que ante el ojo reflejan simétricamente trozos de realidad... generalmente bisuterías y pedacería de vidrio pigmentado. La vida, la obra, las ideas: los sueños de aquel hombre repetían, de algún modo, la mecánica ilusionista del juguete óptico.

El paisaje tropical, su calor feraz, la cordillera andina contagiando un frío aire bolivariano: el nacimiento de Jesús Cristo, la graciosa candidez pastoril ante el hermano Francisco de Asís, las hormigas hermanas, el hermano lobo y el hermano sol; el político vasconcelista, brazo derecho del Ulises oaxaqueño domeñado por la furia del clan sonorense, el socialista utópico, cheguevarista, elemental que fue; un maya aztequizado, el indigenista y eficiente museógrafo; el tránsito del amor

edípico y amor a flor de piel al poema inacabable, un poeta prolífico, verborreico y exagerado; Latinoamérica y las costas del Mediterráneo; el andariego incansable que restaña la herida de luz en el pétalo veraniego.

Ese hombre se llamó Carlos Pellicer Cámara.

Este libro reúne testimonios, rasgos biográficos y opiniones vertidas en el transcurso de su vida; es un volumen que puede contribuir a la desconstrucción del tubo caleidoscópico encarnado por su personalidad. Nuestras herramientas son distantes siempre: hemerografía y bibliografía, dos conversaciones con su sobrino favorito, Carlos Pellicer López,* y la imaginación evocadora tras el golpe del poema...

Acompañan a este prólogo una selección antológica de parte de su prosa (casi involuntaria) y de su atiborrante producción poética (más de quinientos poemas en una veintena de libros, hasta hoy).

Su vida fue su palabra.

UNA TARDE EN LA CAJA DE PAÑUELOS

Probablemente es la primera vez que viaja en avión. El aeroplano es un bimotor y los tripulantes posan con solemne quietud frente al aparato. La fotografía es de 1922 y el joven Carlos Pellicer (gorra hasta las cejas, apretado el cinto de la gabardina para arrostrar el viento) está por experimentar el tránsito que le hará escribir después, en los Poemas Aéreos de la *Suite Brasileira*: “Desde el avión/vi hacer piruetas a Río de Janeiro — arriesgando el porvenir de sus puestas de sol...” Y más adelante: “...Estoy, solamente,/estoy, nada más./El cielo en mi frente/cambiándome el mar...” Igual que un niño emocionado, y ¿qué es un poeta sino la emoción de un niño que no envejece?

Alguien le recordó en Italia su infancia “llena de trompos y marquesotes”, cuando siendo un chaval de diez años “quise guardar una tarde

*Carlos Pellicer López colaboró con nosotros en la indagación de pistas sobre el poeta tabasqueño. Igualmente Samuel Gordon ofreció algunos comentarios y material: para ambos, nuestro agradecimiento.

en una caja de pañuelos para que no se ajara”, en lo que sería “el primer síntoma de su poderosa anormalidad”, (Cartas desde Italia) según él mismo.

Carlos Pellicer había nacido el 16 de enero de 1897 en la entonces San Juan Bautista de Villahermosa, Tabasco, hijo de Carlos Pellicer Marchena, farmacéutico, y Deifilia Cámara Ramos. Luego tendría un par de hermanos: Ernesto y Juan, pero el primero muere pronto y Juan hasta 1970. La proximidad del mar y de su madre, en esos años de arrebatos revolucionarios, son la impronta de su tierna sensibilidad:

“Mi primer contacto con el arte fue una reproducción en color de un cuadro de Monet llamado *Casa del Parlamento en Londres*. Este cuadro estaba en el comedor de mi casa —refirió Pellicer a su paisano poeta José Carlos Becerra—, en San Juan Bautista. Tiempo después, a los dieciséis años, visité el Museo de San Carlos y vi por primera vez los cuadros de Velasco. Recuerdo que me quedé atónito. Ya para entonces yo estaba metido en la naturaleza, desde que vi el mar por primera vez a los siete años de edad.”

Alfredo Cardona Peña imaginó así al niño Pellicer, asediado por los golpes de la brisa y sol marinos, en aquel litoral de sotavento:

“En los primeros años de este siglo, en una casa del barrio de San Román, frente al mar dormido de Campeche, un jovencito que había nacido en Villahermosa escribió los primeros versos de su vida, probablemente una noche de las calurosas de junio, tapizada de estrellas. Nadie —exceptuando su propio descubrimiento— adivinó la trascendencia del suceso. ¿Qué habrá comparable al hecho, callado y doloroso de la iniciación?...”

Ese niño traía, pues, en la sangre ya, el paisaje del Golfo de México austral: “Los palmerales junto a los ríos/en grupos firmes/su vida templan./Una palmera/es un objeto sin nombre; algo/que el mediodía sostiene y llena” (*Talle y sabor*). El niño Carlos Pellicer, quizás padeciendo una sobreprotección culposa cuando a los ocho años muere su hermano Ernesto, de siete, recordaría luego:

“Yo tenía siete años cuando fui al cementerio de San Juan Bautista. Allí vi la tumba de un señor español apellidado Miralda. La tumba tenía un ángel pensativo. Esa noche mi hermano Ernesto y yo hicimos cuadros plásticos. Me ponía una sábana y trataba de tomar la postura de

aquel ángel. También me moría por las figuras de barro de Guadalajara: toreros, pastores, jinetes...”

“—¿Y qué hacía con ellas?”, le preguntó José Carlos Becerra.

“—Verlas. Esas figuras son muy frágiles, no se puede jugar con ellas. Yo las acomodaba, formaba grupos con ellas, descubría cosas viéndolas. Así se me fue revelando lo plástico del mundo.”

Era precisamente esa relación del tacto y la retina lo que más pasaba al niño Pellicer. Sufría los calores y colores del húmedo istmo mexicano.

Se preparaba para cantar, añorante, años después:

“Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color.
Todo lo que yo toque
se llenará de sol.” (*Deseos*).

Doña Deifilia Cámara, como la mayoría de las madres, temía ante cualquier decisión de sus hijos: máxime que Carlos se había propuesto viajar por todo el mundo, ser piloto aviador: “...me soñé el primer piloto del mundo, he volado bastante y en México hice gestiones con el Gral. Cruz para entrar como civil a la escuela de Aviación, lo cual se me negó como era de esperarse. Gabriela, la gran Gabriela, mi hermana mayor muy amada, me dejó una carta amplísima para Obregón en la que le trataba mi asunto (...) Renuncia a la gloria avionística. Dolor, desencanto, desilusión. Pero la renuncia estaba hecha. Mi madre me escribió una larga carta bañada en lágrimas de gozo...”, refería veinte años después el poeta.

A los once años de edad, Pellicer, se traslada con su familia a la ciudad de México (1908). En 1913, a raíz de la asonada huertista, la familia Pellicer se dispersa (don Carlos Pellicer Marchena se enlista en el Ejército Constitucionalista) por lo que el poeta niño vuelve al mar: Campeche.

En 1914 la familia está nuevamente reunida en la adoptada ciudad capital:

“...yo seguí la primaria en el mejor colegio que había en la ciudad de México; con los jesuitas, en una escuela para ricos. Yo era muy pobre,

pero mi madre se enteró del magnífico sistema educativo de los jesuitas y se valió de una amiga tabasqueña rica para que me consiguieran una beca para seguir la primaria en Mascarones. Allí estuve dos años y terminé la primaria en una escuela de gobierno, a dos cuerdas de la catedral: la escuela Ponciano Arriaga”.

Por aquel entonces, el poeta estaba ya a punto de la pluma:

“Probablemente tendría yo once años. Estudiaba, creo que en quinto de primaria, y un día el profesor nos dijo que escribiéramos, para leerlas al día siguiente, algunas líneas sobre Hidalgo. Yo crecí con el culto a Hidalgo y a Juárez.

“Mi madre fue una mujer que siempre tuvo una gran admiración por Hidalgo, no mucho por Juárez, porque mi madre era muy religiosa y creía que Juárez había hecho algo contra la religión (...) Entonces, esos retratos de Hidalgo y Juárez yo los vi en mi casa desde que empecé, como dicen muchas personas, a tener uso de razón (...) Pero junto al retrato de Juárez estaba Hidalgo: Hidalgo siempre me simpaticó; yo crecí dentro de la religión cristiana, sigo en ella, y la vida de Hidalgo me fue muy familiar desde la niñez; de modo que cuando el profesor nos dijo: ‘Escriban algo sobre Hidalgo para que lo lean mañana’, entonces yo creí haber escrito un poema. Pensé en unos renglones cortos, fueron tal vez catorce o quince, en los que recordaba mi casa de Tabasco y el retrato del cura Hidalgo, y escribí naturalmente los elogios que hace un niño cuando sabe de una persona que ha hecho bien.”

Con suficiente confianza aquel niño supo discernir que lo suyo no sería precisamente volar en aeroplanos, sino más bien ser un viajero inagotable que a su paso roba imágenes de la naturaleza. . . . “Viajar es un tesoro de suspiros/ y una copa vacía que ningún vino llena.” (*Canto por un recuerdo griego*). Lo suyo sería la luz, una pupila ambulante, el pasmo del punto de vista que evoluciona con la trayectoria hemicíclica del sol:

“De una manera secreta, aun en la oscuridad, el ojo lo ve todo. No se puede hablar del mundo, ni de la vida sin los ojos. En arte, crear es ver las cosas”, le diría a José Carlos Becerra, muerto accidentalmente en Italia en 1970; donde 42 años antes el poeta niño que decía guardar tardes en una caja de pañuelos se hacía hombre adulto y escribía a su hermano Juan con desenvuelta fanfarronería:

“Estoy hecho un tigre, dándole las últimas revisadas al próximo libro que, si Dios quiere, publicará en Septiembre en nuestro lindo París. Es

el libro de los 30 años, la edad atlética, ágil y fuerte. Ágil y fuerte es el libro como yo. Te aseguro que hay poemas verdaderamente magníficos. Todos los poemas son inéditos, todos. Este libro ya es todo mío, todo. Si no el último, será el penúltimo de una época de *materialismo verbal*, primera juventud de mi poesía que está terminando ya como mi primera juventud. Como mis libros anteriores, este nuevo libro es diverso como un panorama y apretado con el paisaje en que nació. Es un torrente de imágenes. A veces las imágenes son dobles o triples y se prestan a confusiones y oscuridades. Esto acabará dentro de muy pocos años cuando esta *primavera gigantesca* que aún me acompaña convierta los girasoles y las grandes rosas en breves frutos intensos, cuando mi *entusiasmo* por la vida se cambie de grito hermoso en una sola y viva mirada. Nada o casi nada le debo a las "novedades" literarias europeas. Yo continúo la tradición del *verso* con cierta personalidad para ejercitarlo, adecuándolo a la imagen, liberándolo frecuentemente de la esclavitud del consonante. Las vocales me bastan para poner en acción toda una máquina de ritmo. A veces a los adjetivos los convierto en sustantivos. Mi construcción no es siempre correcta. Yo lo sé. Pero siempre es *poética*. Sí: yo soy un tradicionalista, pero no estático sino dinámico. Ahora están de moda el 'cerebralismo' y los semiversos con cara de hambre. Yo soy lo contrario: la sensualidad, el ritmo y la riqueza. Haz lo posible por perdonarme mi franqueza insolente que por lo demás no es nueva. Estoy acostumbrado a decir lo que pienso de mí mismo por lo que se refiere al negocio de los versos. No es vanidad, es la verdad... Y basta. 'Irrealizable' me llama mi querido Torres Bodet. 'Cohete' me dice mi querido Villaurrutia. Dentro de 5 ó 6 años nos veremos las caras. Yo escribo para mi placer personal. Jamás me he ocupado de la gente. No me importa la gente. Es mi único egoísmo. Yo mismo soy mi público, y la gloria y la popularidad me tienen sin cuidado. Yo nunca publico nada en los periódicos. Las ediciones de mis libros no pasan de 300 ejemplares que no se ponen a la venta ni se mandan al exterior. Estoy contento de mi egoísmo, y si publico libros de versos es por darme gusto a mí. Mis compañeros me detestan o me envidian, y por añadidura me saquean sin el menor escrúpulo."

El avión del poeta niño hacía ya piruetas desbocadas.

DE TODOS LOS MOLES

En su cabeza calva resaltan los meandros epidérmicos de la vena que serpea sobre el parietal izquierdo. El baño de luz gravita con suavidad, las sombras de las arrugas faciales (dos en el ceño, las ojeras, las comisuras alargadas) son líneas precisas, abocetadas.

El hombre es viejo y su mirada está detenida en el suelo. Viste pijama y posa dentro de un jardín. La fotografía es de 1974. El gesto del sujeto supone una mezcla de melancolía y dulzura, cansancio y sabiduría. Es la imagen exacta de la nobleza fraguada con años.

Sin alcanzar la indignante decrepitud, Carlos Pellicer mantuvo hasta sus últimas apariciones el porte erguido, bípedo, que nos distingue de las otras especies. Carlos Pellicer López, su sobrino aún lo recuerda saliendo de casa, a pie, para pescar un autobús Reforma-Lomas que lo aproximara al Senado de la República, donde representaba a su natal Tabasco. Para esas fechas, su obra estaba concluida, aunque un tanto dispersa. "... Ya la sangre contra el corazón se estrella. / Anochece tan claro que me puedo desnudar. / Así, cuando la muerte venga a buscarme, / mi ropa solamente encontrará." (*Tema para un nocturno*), pareciera augurar en 1945.

Pellicer fue, fundamentalmente, un poeta, pero otras facetas de su personalidad (volvamos al caleidoscopio) fueron también relevantes: el Pellicer arqueólogo-museógrafo, el Pellicer propagandista, el Pellicer promotor de las artes plásticas...

Un seguimiento cronológico puede ofrecer algunas claves y pistas aledañas, conducentes a revelar su personalidad y el contexto cultural nacional en el que transcurrió su vida productiva. A riesgo de parecer esquemáticos, intentemos pues desandar el tiempo, ayudándonos de la cronología que prologa al recientemente publicado *Album fotográfico* de Pellicer.

En 1916, a los 19 años de edad, estudiante aún de la Escuela Nacional Preparatoria, el joven Carlos Pellicer publica sus primeros poemas en las revistas *Gladios* y *San-ev-ank*. En 1918 viaja a Bogotá representando a la Federación Mexicana de Estudiantes. Estudia en el Colegio del Rosario de esa ciudad, y es cofundador de la Federación de Estudiantes Colombianos.

En 1921 regresa a México y conoce a Ramón López Velarde, a quien dedica póstumamente su primer libro: *Colores en el mar y otros poemas*. En 1922 es secretario particular del ex rector de la UNAM, José Vasconcelos (entonces secretario de Educación Pública) y viaja con él, en la misión a Brasil, por varios países de Sudamérica, en los cuales conoce a Enrique González Martínez, Leopoldo Lugones y Pablo Ne-

ruda. Publica en 1924 *Piedra de sacrificios* (con prólogo de Vasconcelos); 6, 7 poemas. *Oda de junio*. En 1926 viaja por Europa (Francia, Italia, España, Países Bajos) “para estudiar la organización de museos”, comisionado por la Secretaría de Educación Pública —de la que Vasconcelos había renunciado abruptamente, distanciándose del naciente callismo—, y regresa a México hasta 1929. En ese lapso publica *Hora y 20 y Camino*. Aprovecha para viajar durante siete semanas con Vasconcelos (exiliado) por Italia y el Medio Oriente con algunas de las cartas enviadas por Pellicer en ese viaje, se organiza posterior y póstumamente el volumen *Cartas desde Italia*.

En 1930, a los 33 años, Pellicer participa activamente en el vasconcelismo (luego de la campaña presidencial contra Pascual Ortiz Rubio y la agitación estudiantil por la autonomía universitaria) y es encarcelado, torturado y posteriormente liberado.

En 1931 publica cinco poemas en la revista *Barandal*, y ejerce como profesor de secundaria. En 1933 publica *Esquemas para una oda tropical*, y *Estrofas del mar marino* en 1934. En 1937 viaja a España con los miembros de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) —entre ellos Juan de la Cabada, Octavio Paz, Silvestre Revueltas y Fernando Gamboa— al Congreso de Escritores Antifascistas de Valencia y París.

Publica en 1940 *Ara Virginum*, y en 1941 *Recinto y otras imágenes y Exágonos*. Es nombrado director del Departamento de Literatura, y en 1943 del Departamento de Educación Extraescolar y Estética (actual INBA). En 1945 renuncia al puesto, y publica *Discurso por las flores*. En 1948 es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1949 publica *Subordinaciones*, y *Sonetos* en 1950.

En 1951 organiza el Museo Arqueológico de Villahermosa, el cual dirige hasta su muerte. En 1953 es elegido miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. En 1956 publica *Práctica de vuelo*, y organiza en Hermosillo el Museo Arqueológico de la Universidad de Sonora. En 1958 organiza los museos Parque de la Venta, en Tabasco, y el de Palenque, en Chiapas.

En 1960 es editado un disco suyo en la serie “Voz viva de México”, de la UNAM. En 1961 organiza la Casa-Museo de Frida Kahlo. Publica en 1962 *Material poético*, *Con palabras y fuego*; viaja a Cuba. En 1964

recibe el Premio Nacional de Literatura y organiza el Museo Arqueológico de Tepoztlán, Morelos (al que dona su colección particular) y el Museo Anahuacalli, en el Distrito Federal, este último montado con piezas reunidas por Diego Rivera. En 1965 publica *Teotihuacán y 13 de agosto: ruina de Tenochtitlán*, y ese mismo año es detenido por repartir volantes en contra del embajador de Estados Unidos. En 1966 es elegido presidente de la Asociación de Escritores de México, y de la Comunidad Latinoamericana de Escritores en 1967, a los 70 años de edad. En 1968 es designado presidente de la Sociedad Bolivariana. Publica en 1969 su *Antología poética*.

En 1974 publica *Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos*. En 1974 es elegido presidente del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua. En 1975 organiza el parque-museo del Centro de Convenciones, en Acapulco; inicia la construcción del nuevo Museo Arqueológico de Villahermosa, es designado candidato del PRI al Senado de la República.

En 1976 publica *Cuerdas, percusión y aliento y Esquemas para una Oda Tropical*; es electo Senador por Tabasco. Muere el 16 de febrero de 1977, a los 80 años de edad. En marzo son trasladados sus restos a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Se publican póstumamente, a partir de ese año; *Breve antología, Miniantología poética, Reincidencias, Cosillas para el Nacimiento, Cartas desde Italia y Cuaderno de viaje*.

En la noche del 4 de octubre de 1976, Carlos Pellicer, escribió uno de sus últimos poemas. Es un soneto pulido y transparente, como de hombre que sospecha no llegar a la primavera siguiente. Así concluye:

“En el incendio inútil de una rosa
pereció perseguida mariposa.
La noche puso en pie nombres callados.
Todos los sueños estaban despiertos,
y la vida con los ojos cerrados
y la muerte con los ojos abiertos.”

RÍO AZUL, IGUANA VERDE

Semeja un manatí, un tritón fofo y calvo. El hombre
se ha quitado la ropa y lleva solamente unas gafas

ahumadas para el sol. Flota, se deja llevar por la corriente del río, quiere que la sensualidad del agua fresca apague un poco el calor de ese mediodía. El sitio es el ejido ribereño Emiliano Zapata, en Tabasco, donde corre el Usumacinta. La fotografía está fechada en 1971. Carlos Pellicer no mira hacia la cámara, sabe que esas imágenes quedarán como testimonios gráficos de su pertenencia al paisaje: el caudal viene desde Huehuetenango, en Guatemala, rodea las ruinas de Yaxchilán, recoge los escurrimientos de Bonampak, es abrevadero de los toros cebú en Tenosique, se funde en el Golfo de México al besar en Frontera la boca del Grijalba. Carlos Pellicer indudablemente posa para una eternidad efímera; pero es reconocible como uno más de los seres acuáticos errantes en el Usumacinta.

¿Cómo era Carlos Pellicer? ¿Cuáles fueron los rasgos sobresalientes de su personalidad? ¿Importa saberlo? “Cuando llegué a la Escuela Preparatoria era ya una leyenda. El joven poeta que hablaba de Bolívar y de Nuestra América de Martí. Había visto los Andes. Escribía a los grandes poetas hispanoamericanos y éstos —a menudo— le contestaban como a uno de sus pares. Su voz tenía resonancias continentales. Ególatra, grandilocuente. Narcisista, usaba una pulsera de oro de la que colgaba una figura de jade. Sus amigos eran brillantes. Erro, Palacio Macedo, Renato, Elguezábal. “No me atrevía a acercarme”, recuerda de él Alejandro Gómez Arias.

Salido del río, el poeta desnudo que empapa su propia sombra diagonal recomendará, después, que “Se canta el canto del Usumacinta, / que viene de tan allá, / y al que acompañan, dando vida, / el Lakantún y el Lakanjá.” (*El canto del Usumacinta*). Al crecer el caudal de sus libros, otros elementos aparecen en el trabajo de un creador incansable de poesía; reflexiona Gómez Arias: “el amor místico en *Práctica de vuelo*, el amor sin nombre en *Recinto*, pero siempre sobre el fondo verde y azul de sus grandes horizontes”, porque para Pellicer el paisaje no será más ternura reincidente, descripción, sino que lo reinventará, lo teñirá, lo acariciará.

“Literaria, cronológicamente —claro está— forma parte del ‘grupo sin grupo’ de los Contemporáneos, pero —y por eso me atrevo a escribir estas líneas— sus preocupaciones políticas, por lo menos en lo que corresponde a nuestro país, nacieron en el dramático 29. Es, por eso, un hombre de aquel tiempo”, señala el articulista, y recuerda que “Como presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes realicé diversas

gestiones legales y personales. Así llegué a la presencia —acompañado de Mariano Azuela— de quien era responsable de lo que acontecía en las cárceles del Distrito Federal. El funcionario dijo que la vida de los prisioneros era preciosa, principalmente la del poeta Pellicer, pero que no podía liberarlos porque en esos días de violencia; sólo en donde estaban podía responder por su integridad física! Fue entonces cuando Carlos Pellicer demostró su sereno valor. En las noches les formaban cuadro y hacía simulacros de fusilamientos. El poeta cristiano llegaba tranquilo al paredón, en una escena que se repitió, sádicamente, muchas veces. Asombraba a sus valerosos compañeros que ese hombre, joven aún pero cuyo nombre se extendía por toda la América de nuestro idioma, jugara impasible, el juego de la muerte. Sabía, desde entonces, —como dijo alguna vez— la vida puede ser también un acto poético. Una obra de arte limpia, pura.

“Pasaron los años. Crecieron sus enormes poderes de creación. Era —se dijo— el poeta más grande de México. ¿Lo fue hasta ayer? (16 de febrero de 1977). En su tono, en su medida excesiva, inalcanzable, lo fue siempre. Los jóvenes quizás ya no le admiran como nosotros. Su torrente verbal, la tumultuosa riqueza de sus colores, imágenes y luces, no son ciertamente de estas horas. Les ahogan y ciegan, pero no les convencen.”

Aquella anécdota de heroísmo vasconcelista también fue recordada por José Alvarado, sólo que la fulminó con un comentario postrero: “Hace muchos años, allá por los treintas, Pellicer estuvo preso por pretextos políticos. Sus delitos habían sido ser amigo y secuaz de José Vasconcelos y haber condenado el asesinato de Germán de Campo. Fue llevado a una celda miserable y oscura y en las madrugadas lo sacaban a los caminos solitarios para hacerle simulacros de fusilamiento o fingir la aplicación de la ‘ley fuga’. El poeta permanecía sereno, entero. El jefe de los guardianes, homicida violento, lloró una vez de rabia, de asombro, acaso de arrepentimiento. Pellicer lo ha olvidado.” Sin embargo, su conclusión es más feliz. Pellicer, advierte Alvarado, “es quizá, el más alegre de los poetas mexicanos y parece haber en el fondo de sí mismo un niño constructor de castillos con metáforas, un gimnasta del lenguaje”.

Al conocer la muerte de Pellicer, varios escritores vertieron sus recuerdos, que sirven para aproximarse anecdóticamente al espíritu del poeta tabasqueño.

Efraín Huerta señaló que “porque anduvo lo que había que andar, sucedió que su vida fue dorándole la piel, la mirada y el entendimien-

to, y si bromeaba tabasqueñamente con una desconcertante seriedad, también sabía ser tabasqueñamente serio. Nada de bromas: darle la cara a la policía azuzada contra los muchachos vasconcelistas, padecer la cárcel y la tortura moral; ser fiel a Vasconcelos; seguir el camino de Diego y de José Clemente, que era justamente el transparente camino trazado por José María Velasco. [...] El conocimiento de la historia americana, la pasión bolivariana, le proporcionó la razón cabal de su casi fanático antimperialismo. No era posible ser cristiano con quienes decían serlo y asesinaban pueblos enteros, aquí en América Latina y allá en Corea y en Vietnam. A su debido tiempo —poeta puntual—, Carlos Pellicer protestó públicamente, y de nuevo fue huésped de una cárcel. [...] Así debo seguir viendo a Carlos Pellicer: indomable, desafiante, ceñido por el *laurel invisible de ser joven*, familiar a la muerte, si pero no al olvido”.

Pellicer había escrito que “Nací de olmecas y mayas/y gente española de la montaña y el mar (. . .) La iguana y yo somos hermanos verdes” (*Esto soy*), porque desciende de catalanes al fin, la sangre trajinera circulaba por sus venas, y así lo consigna en la entrevista que concedió semanas antes de morir:

“Siempre he viajado con el dinero del sufrido pueblo mexicano. Nunca he viajado en primera, porque el dinero ha sido relativamente escaso, pero en cambio nunca he sido turista en ninguna parte.

“Decidí hacer un viaje a Italia, el país más interesante del mundo sin duda alguna; por donde quiera que se le tome es verdaderamente maravilloso. ¡Nada como Italia! Pues yo me organicé un viaje de seis meses a Italia siendo estudiante en París, y me quedé más de dos años. Entonces tuve pequeñas, a veces no tan pequeñas dificultades económicas, pero no fui turista en Italia.

“He estado cuatro veces en los que llamamos los cristianos ‘la tierra santa’, en ese país prodigioso que es Israel y conozco casi toda la América del Sur; he hecho colección de cataratas, he cantado al Iguazú; he estado muchas veces en esa ciudad que para mí es fascinante, bueno, desde luego que no la aguanto más de un mes, pero es una ciudad realmente maravillosa: Nueva York. Viví en París. No conozco el Extremo Oriente. Ojalá que, ahora que me hicieron el honor de ofrecerme la candidatura para senador y que el pueblo de Tabasco me eligió, me dieran alguna comisión algún día para ir a China, a la India, a Indonesia. ¡Ojalá!”

Veintidós años antes, en septiembre de 1954, Pellicer fue entrevistado por una joven reportera que comenzaba a destacar. Estos son algunos fragmentos de la nota firmada por Elena Poniatowska:

“Le pedimos a Carlos Pellicer que nos hablara sobre el INBA, o cuando menos sobre la literatura mexicana, pero él prefirió extenderse sobre el DIABLO. Más bien fuimos nosotros, que obsesionados ante el mutismo de Pellicer, preferimos mandar al diablo la entrevista. En fin de cuentas logramos que el gran poeta de Tabasco hablara un poco acerca de sí mismo, que es sin lugar a dudas uno de los temas más interesantes de la literatura contemporánea.

—No puedo estar de acuerdo con el imperialismo de EU. Han atropellado la vida de un país pequeño y creo también que si algunas ideas comunistas se llegaron a infiltrar en el gobierno caído de Guatemala, se debe únicamente a la conducta de la United Fruit Company y a la complacencia de los gobiernos guatemaltecos anteriores... ¿Usted es católica, verdad, señorita?

—Sí, señor Pellicer...

—Mire usted, yo soy profundamente católico, soy el lector oficial de los ejercicios espirituales de encierro del padre Vértiz... Yo leo durante 45 minutos [...]

...creo que el diablo va con la humanidad. La misericordia divina es infinita y supongo que subsistirá después de los tiempos. Quizá con la redención del diablo se termine el mal de la humanidad.

[...] Por el momento, lo único que yo sé es que me gustaría tener una renta vitalicia de mil quinientos pesos mensuales para escribir teatro y poemas ambiciosos. De veras, después de estar 25 años en la burocracia, he empezado a fatigarme un poco[...]

—Bueno, señor Pellicer, ¿y qué cree que Orozco hubiera pensado de todo eso que sucedió en el INBA?

—Orozco, al final de su vida, estaba al margen de todo partidatismo. Iba rápidamente hacia la anarquía, que es el ideal de muchas gentes, entre otras yo. Y voy rumbo al anarquismo y me siento contento.

—¿Ya nada le importa?

—Sí. Me importa escribir bien. Me importa conseguirles agua a unos inditos que me lo pidieron... y para eso tengo que ir a Recursos Hidráulicos dentro de media hora. Me importa que haya dado una conferencia sobre José María Velasco, el gran abuelo de la pintura mexicana, el gran historiador poético del Valle de México. Yo creo que la pintura es un aliento para el hombre. A mí me reconforta y me rehace. Por ejemplo, llego de la calle cansado y fastidiado, lleno de problemas, y pongo mis ojos en este cuadro de Trinidad Osorio, por ejemplo (mire usted las tunas, pintadas con tanta verdad poética), y me rehago, me reconforto y me restauró. Yo no puedo vivir sin la naturaleza...”

Y esa dependencia anímica con y de la naturaleza, explica el refugio que Pellicer se inventó en Tepoztlán. La entrevista de Manuel Yrizar Rojas para el Canal 11 de Televisión, fue la última concedida por el poeta:

“Yo generalmente escribo metido en la cama. Sí, metido en la cama. El barrio donde vivo es muy silencioso. Voy con frecuencia a lo que yo llamo mis adobes de Tepoztlán, que son unos cuartos de adobe en un paraje maravilloso, porque en realidad la casa no vale nada... lo que fui a comprar a Tepoztlán fue un paisaje. Algunas de las cosas menos defectuosas de mi obra las he escrito en Tepoztlán. Por ejemplo los tres poemas dedicados a Cuauhtémoc están escritos en Tepoztlán un mediodía en que fue tan incisiva la imagen de Cuauhtémoc. Probablemente se trataba de un reflejo metido en un recuerdo, porque hacía pocos días había yo hablado con un historiador tepozteco que me había recordado que las dos veces que Cuauhtémoc, sitiado por el imperialismo europeo, en este caso por los soldados españoles, dos veces pidió auxilio a Tepoztlán y las dos veces que Tepoztlán mandó a sus jóvenes, no regreso ninguno.

“Entonces dos, tres días después, vi y sentí que Cuauhtémoc salía de las rocas, y entonces era mediodía... Me acosté en mi cama, tomé una tablita de caoba que traje de tabasco y que me sirve de apoyo, y escribí en poco tiempo, dada la intensidad del recuerdo, los *Tres poemas a Cuauhtémoc*. Sí.”

La *Oda a Cuauhtémoc*, publicada cuando el poeta tiene 27 años, recoge también entre sus versos la emoción evocadora: “En mí ha querido el instante/en que fue más terrible la tristeza:/cuando buscaste alianzas/entre los hombres de tu raza/y tu grito se perdió entre las selvas (...)/Cuauhtémoc tenía 19 años/cuando en sus manos/ como un águila herida cayó el imperio...”

También 19 años tiene Pellicer cuando, ávido de expresión, le canta a una muchacha (Carmen): “Eran nubes muy altas... Eran nubes./Y le digo a mi alma:Ya no incubes/ideas crepusculares. Tienes veinte/años en esta vida... Mira cuánto/oro tiene ya el cielo... ¡Falta tanto/para pensar así! Sueña, sueña y presiente...”

Esa voluntad de vocearlo todo, de llamar a todo con una palabra, la explica Pellicer con poesía: Dice él: “Cuando el pensamiento/de Dios, las cosas y los seres/fueron, mi voz ya estaba prevista./Lejos de lo divino se oye esta voz. Su angustia/es no saber callar. A todo da un nombre. ¡El mismo/nombre!...” (*La voz*). Su obra, sin embargo, es muy reiterativa y desigual —señala el crítico José J. Blanco—, pero “nos revela y hasta nos hace memorizar una personalidad que sorprendentemente no difiere mucho entre los veinte y los setenta años: podría señalársele como el último jardín del cristianismo”.

Reiterativo y desigual... otros lo califican de excesivo, exagerado.

“Cuando releo a nuestros grandes poetas de América (Díaz Mirón, Lugones y Darío, que son los tres poetas que mayor dominio han tenido sobre el idioma) —le confesaba Pellicer a su entrevistador Emmanuel Carballo—, me siento un fracasado [...] Al releer mis poemas me queda la tristeza de no haber conseguido mis propósitos. Le contaré una de mis escasas alegrías. Cuando escribí el Tríptico de los arcángeles, me di cuenta de que eran tres sonetos francamente buenos [...] entre los 400 que probablemente he escrito (...) Yo soy sumamente desordenado, y ese desorden proviene de los pantanos de la tierra en donde nací. En esos pantanos, claro, hay de repente una garza que, por su blancura, su quietud y su verticalidad, no tiene aparentemente nada que hacer allí; sin embargo, sí tiene qué hacer: algo parecido ocurre en mis poemas. Algunos versos, en apariencia, están de más. Y no es cierto: cumplen una función. Mi propósito consiste en encontrar y aclarar la vinculación de lo que yo llamo, en lo que escribo, mis elementos de desorden. No lo he conseguido: ésa es mi gran falla. Por eso me considero, absolutamente, un poeta fracasado.”

Solitario y con solamente dos manos, ante la desmesura que parece haberle contagiado el paisaje tabasqueño, morirá Pellicer heredándole a su sobrino Carlos Pellicer López la tarea de reconstruir el caos de hallar sorpresivamente poemas aparecidos “entre el desorden de la casa del poeta. Algunos se encontraron entre los libros y los anaqueles de la biblioteca; la mayoría, arrumbados en cajas de cartón y grandes cestos de mimbre, bajo la tarima donde se montaba cada año el célebre Nacimiento, o en el sótano, en baúles que parecían sobrevivientes de un naufragio. Naturalmente estos manuscritos se acompañaban de toda clase de cosas: periódicos, revistas, cartas, postales, boletos, cuentas de hotel, insectos y flores disecadas, cerámica prehispánica, ropa, alambres y otros objetos no identificados. Fueron años de excavaciones. Al mismo tiempo se comenzó a ordenar el caos. Desde entonces han aparecido dos libros de poesía (...)

“Hay que leer sus cartas escritas desde Italia para saber cuánto y cómo dialogaba con su alrededor. Diálogo intenso y abierto, reflexión constante en la que definió su voz.”

También David Huerta hizo un eficaz balance del *ser pelliceriano* al fallecer el poeta. Aseguraba él que:

“La posición de Pellicer por los viajes tuvo su cara opuesta y complementaria en su trabajo de museógrafo. Esa pasión y ese trabajo tuvieron

a su vez motivos más profundos: el movimiento y la fijeza, los ríos y las cordilleras y el equilibrio detenido y frágil del Nacimiento de cada año, en el retiro de su casa de Sierra Nevada. José Alvarado escribió que Pellicer fue 'el poeta más andariego de su generación' y lo demostró con esta evocación (poética) de nombres y lugares enumerados y reunidos por el fulgor que la contigüedad de esos nombres despierta inevitablemente; he aquí la geografía pelliceriana según Alvarado: 'El Cairo y Amsterdam, Jerusalem y Atenas, Roma y Río de Janeiro, Mérida y Luxor, el Grijalva, el Amazonas, el Iguazú'. Aquí están, por el sólo encanto de los nombres, todos los temas de la poesía de Pellicer...

"Escribía poemas deliberadamente poéticos donde la naturaleza artística o estética consistía en el empleo recurrente de palabras por sí mismas *literarias*: luz, agua, junio, soledad, noche, aire, etcétera. Pero la sensibilidad plástica convertía ese lenguaje, ese repertorio convencional, en verdaderas puestas en escena verbales: 'Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,/agua de mis imágenes, tan muerta...' Fue el último gran sonetista de la poesía escrita en México...

"De Pellicer, en cambio, se conserva esta imagen de 1965: un viejo calvo y vigoroso repartiendo volantes antimperialistas, en apoyo de Vietnam, en compañía de José Carlos Becerra, entre los asombrados turistas rubios de Avenida Juárez, los paseantes, no menos asombrados, de México City, y la complacencia de los policías, uniformados y no, que creían ver en esa pareja una presa extorsionable: Becerra y Pellicer pasaron algunas horas en las oficinas policiacas, y salieron con el prestigio de esa mínima odisea político-policíaca."

El recuerdo chabacano de Fedro Guillén es más cálido y próximo, hermanable:

"Pellicer era hombre solar. A sus 80 años trepaba el cerro de Teopoztlán en busca del dios tutelar que desapareció. Y en la generación de los *Contemporáneos* fue el único viajero que amaba el campo, que transportó piedras enormes al museo de La Venta, en Villahermosa...

"Carlos Pellicer vivía siempre con buen humor. Lo tratamos de cerca en la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Era incumplidísimo. No tenía horario. El nos presentó a Guimaraes Rosa, que según García Márquez es el mejor escritor del Nuevo Mundo. En el estudio de Pellicer, al que el genial ecuatoriano Guayasamín echándose unos tragos de mezcal que no evitaba mi general Zapata...

"Llegó tarde Pellicer a la Rotonda. Está adelante de Díaz Mirón, un buen guardaespaldas, al que admiraba, además..."

Así, el viejo desnudo que salpicaba gotas de Usumacinta en la comunidad de Emiliano Zapata, volvería al nocturno divagar, porque,

como él sentencio: “Aquellos que saben como yo de la gran soledad,/ conocerán la profunda amargura del tren del poema/ que dice el horror de la horrible belleza...”

ADORADA MADRECITA

La anciana posa junto a una ventana, sus manos están empeñadas en algún juego de fina costura. Lleva una coleta que tensa, desde la nuca, la ondulada cabellera de canas. Un chal de punto le cubre los hombros; su vista permanece fija, adusta, en el movimiento de las propias manos. El otro sujeto que aparece en esa fotografía de 1947 es la luz solar; un haz potente, diagonal, que refleja planos bruñidos en el pretil de la ventana y en el perfil de la septuagenaria. Una anciana bajo el sol: esa es la mejor imagen de la calidez. Tras la mirilla de la máquina fotográfica, el ojo de Carlos Pellicer miraba entonces a sus primeros padres: doña Deifilia Cámara y la ardiente luz del verano.

A los 19 años, el poeta Carlos Pellicer escribe su primera ofrenda lírica “a mi incomparable mamacita”. Dice el texto: “Madrecita adorada, madrecita/llena de amor y de virtud: Mis manos/que han besado la gloria de tus manos;/y en la visión de tu alma infinita/he llorado y cantado,/y te he amado intensa, inmensamente...” (Sigmund Freud publicaba apenas, en aquel 1916, *Introducción al Psicoanálisis*). Un año después, Pellicer insiste: “Si yo tengo a mi madre, qué me importa que el mundo/sea peor de lo que es, ¡si mi madre es la vida!/ ¡Nadie tiene una madre como yo!/ Es tan profundo/el mar de nuestro amor, que allí es otra la Vida.”

Detrás de todo gran hombre hay una mujer, reza el adagio. Con Pellicer, la presencia de doña Deifilia fue determinante (¿fulminante?) en la modulación sensible del niño Carlos Pellicer. Él así lo reconocía y celebraba, sobre esto, dijo a Emmanuel Carballo, su entrevistador:

“Yo no soy más que un reflejo poco encendido del fuego que había en el corazón y el entendimiento de mis padres. Mi madre me enseñó a leer, a decir versos (*Los cantos del hogar*) y me llevó al mar. Poseía el

don de disfrutar la naturaleza, y me lo comunicó...”, y más adelante: “...todos los días acompañaba a mi madre a rezar el rosario.

“—¿Cómo se llamaba su madre?

“—Deifilia Cámara. Dei-fi-lia, hija de Dios. Eso quiere decir su nombre. Es latín puro. Mi madre tenía una voz preciosa y era, además, muy linda, poseía una tremenda simpatía personal. Se adueñaba de la gente desde el primer momento. Era de un humor increíble.”

En 1927, cuando viajaba por Italia, Pellicer envía una carta-reporte al embajador Mario Pani, en París (de quien dependía para su “beca”). El texto es locuaz, festivo, en parte ficticio. Al comentar los cuadros sobre la Última Cena que recién ha visto (Giotto, Leonardo da Vinci) la figura de la madre irrumpe como relámpago anímico:

“Ah, las cenas! La de mi casa es siempre la mejor. Una noche, como casi todos los días, mi hermano y yo devoramos 5 bistecs entre los dos. Y claro: acompañados de piano y orquesta, es decir, de arroz blanco y plátanos fritos y tal vez ensalada. Yo, con mi proverbial descaro, dije al terminar: ya no tengo hambre, he *perdido* el apetito! Entonces mi madre, que había asistido a la batalla y cuyo ingenio es inagotable, exclamó: ‘¡Desgraciado del que se lo encuentre!’ En mi casa se come una carne deshebrada revuelta con huevo, jitomate, cebolla y chiles picantes, que por un plato de esos cualquier persona decente daría sin vacilar la mitad de su reino. A mi madre le gustan los dulces y las frutas. A nosotros las carnes y las ensaladas. Mi madre es una mujer admirable: cuando está triste, nos llama a rezar para que Dios le quite la tristeza. Tiene 50 años. Todavía es bella. Ella ha sido mi fuente de poesía y mi fuente de ingenio. Quiero mucho a mi padre. Pero más a mi madre. Mi padre y yo nos entendemos poco. Mi madre y yo somos una sola persona. En estos momentos estoy viendo su retrato y es natural que, por unos renglones suspenda yo esta carta.

“DEIFILIA”

“¿Cuándo traeré a mis padres a Europa? En 1932, si Dios quiere. A mi padre a quien respeto hondamente, lo dejaremos unos días donde él quiera: yo llevaré a mi madre y a mi hermano a Palestina. Mi padre es ateo pero respeta la educación religiosa que mi madre nos ha dado. Mi padre es uno de los hombres más ingeniosos y alegres que he conocido. Mi hermano y yo tenemos mal carácter y hemos hecho llorar más de una vez a la dueña de casa. Esto es triste y malo, pero es verdad. Nos hemos corregido bastante. Mis mayores defectos son la sensualidad y el egoísmo. Desde hace 4 años libro contra ellos una batalla a muerte. Mis

caídas son a veces tan grandes, que tienen facha de final. Pero los ángeles acuden y cargo de nuevo y ataco y hiero y paso días y semanas tranquilo pero siempre amenazado. Creo que he ganado terreno y tengo fe en triunfar en poco tiempo. Sí, en poco tiempo... También soy orgulloso pero mucho menos de lo que proclaman mis amigos. Lo he demostrado. También soy perezoso. Por pereza no soy genial. Perdón, pero como casi no le conozco, se lo puedo decir todo. Además a esta distancia y con los Alpes de por medio, todo se puede decir y, también, puede disculparse todo. Además estoy en Florencia y ESTAR en Florencia es SER genial. (¿Qué mano izquierda, no? Oh Belmonte! maestro mío...!) Por lo demás, soy una excelente persona. Un momento, hay más: soy rencoroso. Mis padres son humildes. Mi abuela paterna era rencorosa, voilà l'ennemi! Mi madre es muy humilde. Ah! cuando pienso que un día se nos va a ir para siempre, la vida se me nubla terriblemente y en mi corazón hay tempestades. Si no fuese cristiano, me suicidaría. Pero le he ofrecido a Dios no entristecerme demasiado..."

Hasta allí la madre, lo demás será resultado de la suposición y la obediencia.

Carlos Pellicer Marchena, padre del poeta, debió compartir la concepción del primogénito con el sol veraniego. El sol y el calor, el calor y la luz a cántaros, la luz y los colores torrenciales del trópico. Siempre confortado por el calor húmedo, Pellicer vino a ser el antecedente de lo que sería, después, la oda macondiana de García Márquez.

Escribe Pellicer (Septiembre) que "la luz, de luz, hizo más luz", y charlando con su paisano poeta José Carlos Becerra, le explicaría que "en *Práctica de vuelo*, por ejemplo, quise ver lo trascendente-invisible, que es ver la luz con respecto a sí mismo. Llevo los ojos en las manos, eso está en dos o tres de mis poemas. Así, ojos y luz son casi lo mismo; al emplear la luz hay descripción de algo. En esto, Velasco llegó al misticismo. Bajo la luz del arte el objeto queda dentro del tiempo, del tiempo que manejado por el artista sitúa a la cosa fuera de sí misma (...) Bergson nos habla de la realidad aparente y de la realidad real. La realidad real es producto del artista. Usted y yo compramos una fruta y nos la comemos, pero el artista la pone sobre la mesa, corre la cortina, abre la ventana, corre hacia este lado de la fruta: la está viendo. Y cuando la ve de esta manera activa, es porque comienza a pintarla, la fruta casi se pudre dentro de sus ojos. Al verla así, la hace más real, la convierte en obra de arte. No se ha inventado nada sin embargo, hay una revelación a través de un ritmo impreso por el ser. Esta clase de ritmo es la tónica general de mi obra".

De aquella obsesión por regalar a José María Velasco como el mejor ejemplo de la comprensión lumínica y etérea del paisaje, se ocuparía sucesivamente el poeta. Escribe en la introducción del libro sobre el paisajista landesiano: “Velasco nació para confirmar que el hombre es el último resultado de la *Naturacosa* [...] Fue un hombre nacido para ver y representar la belleza que nos rodea. Su obra es un nuevo homenaje a la poesía de lo material.

“No es ya el paisaje-ventana; en cierta medida es ya lo cósmico (...) México, como casi toda Nuestra América, es territorio ocupado por la luz, y Velasco pinta la atmósfera como casi nadie la ha pintado.”

Por esa pasión visual del entorno, Carballo le preguntaba citándolo:

“—En alguna ocasión, ha dicho usted: ‘Siendo yo un modesto escritor, he pasado mi vida más entre pintores que entre escritores’.

¿Sus influjos son más plásticos que auditivos?

“—Sí. Mi afinidad con los pintores es inmediata. Siempre he creído que la música es la expresión más importante de la poesía. Vienen después, en orden decreciente, la pintura y la palabra. Si admito que el color y la línea están más cerca de lo que escribo que la palabra, es fácil comprender por qué he vivido más próximo a los pintores que a los escritores...

“Mis amigos nacieron, o se educaron, en el altiplano. Aun cuando la mayor parte de mi vida la he pasado en el Valle de México, no hay que olvidar que la infancia pesa mucho. Las cosas que me ocurrieron en Tabasco durante la niñez (la muerte de mi hermano Ernesto, mi primer viaje al mar, el amor a mi madre) son impresiones y emociones que fueron carburando, lentamente, en lo que más tarde hice o actué con el idioma. Todas esas cosas siguen pasando en mi vida. Yo he sido un tropical insobornable.”

Insobornable, hijo natural del trópico y de doña Deifilia, el poeta de los esbozos excedidos era como un chicozapote cociendo su licor al sol desnudo en la atmósfera bicolor tabasqueña: “Y llegaba de azules y verdes/sombrios y de azules diferentes/y de verdes sin riesgo y sin mercado/y de azules de vuelos colibríes/en el manto y de verdes panorámicos/y de azules/sacados de los senos de las brisas/y de verdes azules y de verdes.” (*Poesía naval*).

Algunos de sus poemas dan la impresión de que está Pellicer dentro del paisaje, confundido con él, le comenta Carballo, y el poeta, colérico, estalla:

“—¡Me revienta hablar del paisaje! No le contesto esa pregunta [...] Yo me he quedado en el paisaje poemático, tan lleno de frutas y tan escaso de frutos. Así veo lo que he escrito. Es una cosa frutal. Me pregunto, ¿tendrá alguna consecuencia, será solamente la flor, la fruta, pero fruto, dará algún fruto?” Y más adelante, se quejaba, como suelen quejarse la mayoría de los autores: “La leyenda que hay alrededor de mi pobre persona, como escritor, es que soy un colorista. Castro Leal me catalogó, hace ya muchos años, como un *impresionista*. Y no es justo, francamente. Además nadie conoce mi obra...”

Doña Deifilia voltea hacia afuera, más allá de la deslumbrante ventana, pues en el jardín de la casa un colibrí deambula zumbón entre las perfumadas corolas, y entonces (...)

“El pájaro turquesa
se engarzó en la penumbra de un retoño
y entre verdes azules canta y brilla
mientras la hembra gris calla de gozo.”
(*El canto del Usumacinta*).

MI PARAÍSO, MI INFIERNO

La Plaza Río de Janeiro está esplendente. A la sombra irregular cobijada por una haya, posan para la posteridad —comprometidos por la proximidad escénica— un joven taciturno (el carrito hasta las cejas, la corbata recortada) y una alegre muchacha que es toda sonrisa y también se atavió con modesta elegancia. Entre ambos, separándolos, articulando la composición, se yergue el tronco del árbol. La fotografía es de 1927. El joven taciturno se llama Carlos P., la muchacha sonriente Esperanza N. (Por cierto que la hermana de Esperanza padece tuberculosis, y la madre de Carlos le ha aconsejado a éste que “nunca la bese”, pues la enfermedad es muy contagiosa, letal). Cuando una pareja posa fotográficamente piensa, quizá solamente en su felicidad. El tiempo es el enemigo de esas postales. Al reverso de la impresión hay una frase que inicia con un frío “Ella y yo” pero concluye con un jaculatorio... “¡Dios mío!”

“Amigo mío” —escribía en 1917, diez años antes de la fotografía, el casi adolescente Carlos Pellicer, en la dedicatoria de un poema a su amigo de toda la vida Guillermo Dávila— “la vida no hay que tomarla en serio. Es una vieja broma de Dios; que te diviertan mis pobres versos jóvenes ya que en ellos injertan la Virtud y el Pecado su pasmoso misterio...”

Pero la vieja broma de Dios iba a seguir adelante. Pellicer había concertado en Esperanza N., a la que conoció desde muy joven en Campeche, una idolatría platónica. Sus poemas amorosos, por lo menos hasta antes de *Hora de Junio*, están inspirados anímicamente en ella. Después, ese vínculo afectivo parece diluirse, transformarse. Pellicer pasará del “Señor,/ hoy no te pido nada;/ perfecto es ya mi amor:/ sólo dulzura y alabanza/ sobre la onda dócil de mi corazón.”/ (*Canto del amor perfecto*), al “Salgo de ti y estoy en tu tristeza,/ sales de mí y estás en tu belleza./ Las estrellas nos ven: ya hay otro mundo.” (*Hora de Junio*).

Sobre los sonetos de *Hora de Junio*, Pellicer referiría, escuetamente, que “relatan un desastre amoroso”. Y ante el asedio de su entrevistador Emmanuel Carballo, el poeta terminará precisando:

“—Sólo puedo decirle que son consecuencia de un fracaso sentimental. Un fracaso más que le importa a un poeta. Les tengo cariño porque son una herida abierta permanentemente. Han pasado muchos años, y la herida no se cierra.”

Luego de cumplidos los cincuenta años, el poeta óptico y andariego haría un recuento nostálgico y desesperanzado de aquella primera vinculación amorosa: “(. . .) En otro tiempo/ yo fui novio oficial. Ella tenía/ la belleza del cielo y de la tierra./ No puedo decir más. Me quiso tanto/ como la tierra al cielo, como el agua/ al cauce que la cuida, como el tiempo/ a lo que puede parecer eterno./ Nuestro amor era famoso/ como el viaje a la luna. Yo he sabido/ llorarlo en todo el mundo. Y he viajado/ sin moverme de ti ni de la hermosa/ mujer que me dio la vida.” (*Laudanza de la provincia*).

Sigue Pellicer desnudándose ante nuestros ojos lectores. En la extensa carta enviada a Mario Pani desde Florencia en 1927, le confiesa quejoso: “todo yo soy una placa impresionable a la menor vibración: mi Paraíso y mi Infierno”; y más adelante: “Adios. Estoy triste. Por primera vez siento que al dejar una ciudad a la que he venido ‘de

paso', se des gobiernan los maxilares del corazón. Pobre hombre, hecho para amar y para abandonar inmediatamente lo que ama! Quisiera decir algo más... Quisiera no haber escrito esta carta... En fin... quisiera ser menos sensible, menos imaginativo, menos joven y menos yo!"

El amor puede ser una delicia compartida, pero el poeta Pellicer se atormenta, busca las sombras. "Que se cierre esa puerta/ que no me deja estar a solas con tus besos [...] Por razones serenas/pasamos largo tiempo a puerta abierta./Y arriesgado es besarse/y oprimirse las manos, ni siquiera/mirarse demasiado, ni siquiera/callar en buena lid..."(*Recinto*).

El amor como pasión primigenia, el amor como asunto poetizable. Pellicer estaba de vena cuando reflexiona así con su amigo-protector Mario Pani, al describirle la emoción que despiertan en él las estatuas de la Aurora y el Crepúsculo, de Miguel Angel, en la Sacristía Nueva de San Lorenzo: "Entre las sombras tibias del Crepúsculo la Aurora lloró el llanto del amor. Por los instantes de ese abrazo los amigos han traicionado a los amigos, los hermanos han matado a los hermanos y los Imperios se han declarado la guerra. Por esos momentos, los reyes han mandado reinas al patíbulo y los hombres sin poder matan lentamente a sus mujeres. ¡Digamos del Amor el tiempo maravilloso y sus caricias embriagadoras que anulan el tiempo y se aseguran la eternidad! ¡Digamos del amor el vértigo sin caída, mecedor y arriesgado como el vuelo de las águilas sobre los volcanes! ¡Digamos del amor las primeras palabras y las dudas crueles que nos hacen dignos del Reino de Dios! En las estrofas de los Poetas el amor ha cantado como un ave sobre su rama predilecta! ¡Amantes con fortuna y hombres dados al diablo, el amor es ciego y eterno como su goce y como su dolor!

"La estrella perseguida por los astrónomos y cantada por los desocupados que duermen hasta las 9 de la mañana, esplendia sobre el abismo del amor. La misma estrella que el Crepúsculo dejaba como huella de su paso y que la Aurora echaba a volar desde su lecho como un ave familiar. Diálogo silencioso, diálogo de caricias, diálogo de pasión."

La sensibilidad del poeta quedaría, de cualquier manera, mejor plasmada en sus poemas escritos a cielo abierto. Algunos se antojan casi tangibles, próximos.

“4. Hay una sed de naranja
junto a la tarde todavía muy alta.

“5. El agua de los cántaros
sabe a pájaros (...)

“7. Hay azules que se caen de morados.”
(Estudio)

O bien, el ya clásico

“6. Pasan por la acera
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera.

“7. Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.”

(*Recuerdos de Iza*)

Sin embargo, Pellicer desdeña de momento su calidad evocadora. Tras anunciarse con aspaviento como un “poeta fracasado”, le explica a su entrevistador la peligrosa liviandad de las palabras y su nostalgia por el trabajo manual:

—“Cuando hago un museo, y los he hecho siempre solo; todos los errores son míos, y si hay aciertos también son míos. Estoy más cerca de la lógica y el orden a través del tacto, moviendo o movilizand o objetos, que manejando las palabras. Para mí, hombre confundido con la tierra, las palabras son demasiado volátiles: se me escapan de las manos. En la organización de museos es donde me encuentro con menos obstáculos, con mayor posibilidad de ejercer, de establecer el orden.”

De aquella imagen tórrida bajo las hayas del parque Río de Janeiro, quedaban solamente las postales derivando al sepia. Pellicer ha gozado mucho y sufrido poco, ha rezado menos aún. Por fin huérfano, se prepara a despedirse de las rosas y los azules. En junio de 1973 hace un ensayo de sí mismo al escribir el poema “Diciéndole a José Gorostiza”:

(...) “Tu ausencia es para siempre. Te quedaste
para siempre también. Juntos hallamos
lo que nunca se encuentra. Embalsamamos
lo frutal de la vida...”

COSILLAS DE UN FRANCISCANO

Seguramente la postal fue un tesoro de doña Deifilia Cámara: tiene las heridas de cuatro alfileres en las esquinas. Troquelado a golpe de imprenta, un ángel de cartón ampara la fotografía, sostiene alzado un cáliz consagrado sobre el que parece resplandecer el sacramento de la comunión. En la fotografía (probablemente de 1905) un piadoso niño posa con estudiada elegancia, apoyando su mano derecha sobre un delicioso altar donde la imagen de una doliente Virgen parece atestiguar la iniciación eucarística de ese niño con medias de lana, pantaloncito corto, moño blanco en el brazo izquierdo, y que parece durar entre un gesto solemne, o la mueca gentil exigida por el retratista al llamarlo “Así, quietecito, mirando para acá, sin moverse... eso es.”

La religiosidad en nuestros países católicos y colonizados, cede más pronto entre los hombres. Son mujeres las que llenan las bancas de las iglesias, son ellas las que rezan más; la práctica religiosa deviene así como una más de las “funciones femeninas”.

Carlos Pellicer, sin embargo y no obstante que en su natal Tabasco ocurriera una de las más duras persecuciones religiosas con el gobernador Tomás Garrido Canabal, siempre se presentó como un poeta de convicciones cristianas, católicas. Su devoción religiosa puede en mucho deberse a la presencia de doña Deifilia Cámara.

“Creo en Cristo como Dios y la única realidad importante en la historia del planeta. Todo lo demás —arte, ciencia, etcétera— es accesorio, secundario y anecdótico”, escribía el poeta en el prólogo del libro de sus poemas navideños, titulado *Cosillas para el Nacimiento*.

Su vehemencia cristiana, muy próxima al misticismo, nos presenta a un escritor casi anacrónico, o por lo menos fervorosamente decimonónico:

“Nuestro Señor nos dio sus palabras/que son la luz, la Vida y la Verdad./Fuera de las palabras de Cristo,/todo es el vacío, el abismo y la

soledad./ Cuando nos acercamos a Él,/ descubrimos que la belleza/ es la
formá perfecta de la bondad./ No, no estamos solos: abramos la puerta
de Cristo/ y la casa, se volverá de Cristal."

José J. Blanco refiere cómo "Gabriel Zaid ha señalado cómo
mientras la mayoría de los poetas modernos prefiere la derrota y el
desvalimiento como actitudes predominantes, Carlos Pellicer afirma
desde el principio —el primer verso del primer libro— un ímpetu
positivo absolutamente cristiano:

"En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida."

—¿Cómo ha podido conciliar algo que en apariencia es irreconciliable: ser auténticamente un poeta cristiano (católico, apostólico y romano) y un poeta de izquierda? —le pregunta Emmanuel Carballo, a lo que Pellicer responde:

"—Creo que es muy fácil conciliar ambas actitudes. Es muy rara la semana que yo no repaso los Evangelios. Quiero que usted me diga si alguien, alguna vez, puede sustituir por otro mejor este postulado: 'Amaos los unos a los otros'. Aquí, en este postulado, está toda la teoría económica. Dígame que no.

"—Prefiero quedarme callado.

"—No hay nada que obstaculice ser católico y ser decente. Lo que pasa es que las ideas políticas, y la misma palabra política, pueden distorsionar la imagen de una persona. Si soy un convencido de que el cristianismo es el único sistema que nos hace, que nos puede hacer fraternizar, entonces todas esas cosas que llamamos de izquierda y que no son otra cosa que la ansiedad contenida en una frase centaveada, 'justicia social', concuerdan con la doctrina cristiana. Creo que hay una decencia, una decencia fundamental que es la que nos sitúa, la que nos orienta, la que nos hace salir a la calle y participar, e, inclusive, llegar a la injuria, que es tan humana. La ansiedad de que la mayoría viva de otro modo no se opone a mis sentimientos religiosos: es más, parte de allí."

Tabasco es un desorden, decía el poeta, y en un contrasentido —para compensarlo— Carlos Pellicer repetía Navidad tras Navidad la presentación de un nacimiento, pues, como le dijo a Carballo, "el Nacimiento es para mí un ejemplo de orden, una integración de todas las artes."

Dejemos que sea Gabriel Zaid quien nos refiera cómo era que el poeta repetía esta tradición:

“Pellicer puso en su casa el Nacimiento durante más de medio siglo. Hasta mil novecientos cuarenta y tantos fue un Nacimiento tradicional, aunque especialmente artístico: el ponerlo ejercía su vena de pintor. Por esos años, empezó a introducir elementos inusitados, que crearon de hecho un tipo de obra nueva, sin género conocido: una especie de auto sacramental de la luz, que expresa su religiosidad personal, que a nadie se le había ocurrido y que sin embargo resulta profundamente tradicional, porque reinventa el origen mismo de las fiestas de Navidad (...)

“...Después de encontrar piedras y ramas en el campo, hacía trabajos de carpintería, de pintura, de electricidad, de sonido. Seleccionaba música. Escribía. Antes de que se inventaran las grabadoras, se tomaba el trabajo de ir a grabar un disco con los versos para ese año. (Todo cambiaba cada año, dentro del mismo formato general.)

“Puesto el Nacimiento, Pellicer se sometía a la disciplina de estar personalmente disponible de seis a nueve de la noche (más o menos) todos los días. Se tocaba el timbre de la casa de Sierra Nevada 779. Abría la vieja ama de llaves y pasaba a los visitantes a un recibidor junto a la escalera, por donde bajaba pero nunca de inmediato, con esa mezcla suya de cordialidad bromista, de humildad y teatralidad. Conversaba, recibía los regalos, de haberlos; y seguía manteniendo la expectación. Por fin, abría la puerta a la cochera que nunca usó como tal. Todo el espacio, fuera de un pasillo al frente para los visitantes, estaba ocupado por una especie de escenario que, a través de una bóveda que representaba el cielo cerraba al fondo con un horizonte curvo, espectacular. La inmensidad del espacio se acentuaba con diversos recursos de perspectiva: la alineación, el tamaño de las figuras, los colores, el tema de las ‘escenas’ próximas y remotas. No había un árbol típico de Navidad. El conjunto recordaba más bien un gran paisaje del Valle de México pintado por Velasco. Y, como en los cuadros de Velasco, la luz era el personaje central. No el Niño, ni el portal que, sin embargo estaba perfectamente puesto. La luz, la Luz del Mundo era el verdadero Niño presentado a la adoración.”

El pintor Alfonso Ayala, citado por Ricardo Cortés Tamayo, refiere cómo eran las “expediciones” para recoger los materiales de cada Nacimiento:

“Hará 25 ó 26 años, en que un pequeño grupo fuimos hasta Tepoztlán para recoger la ‘basura’ navideña; de regreso, con nuestro cargamento de ramas, hierbecillas, cantos rodados, esperamos en la estación ‘Ramón’ del ferrocarril a Cuernavaca, que ahora no existe. La estación no

se catalogaba de 'bandera', así que el tren paraba sólo cuando encontraba pasaje esperándolo. El tren llegó, casi se detuvo, más al advertir el motorista nuestro cargamento de estorbosas ramas listo a ser adentrado en su convoy repleto de excursionistas domingueros, arrancó nuevamente. Sin embargo y a duras penas pudimos todos alcanzar los estribos y subir.

"El maestro (Pellicer) puso, como dicen Dios puso al perico, al conductor y la tripulación toda que llegó en refuerzo y, en desquite, se negó terminantemente a enseñar los boletos del pasaje."

"En la Navidad de 1976, musicalizado con fragmentos de Bach y Holborne, Pellicer leía a los visitantes que acudían a su cochera, sin saber que ésa sería su última Cosilla para Nacimiento:

"...Francisco de Asís inventó el Nacimiento
La Tierra fue
su primer Cielo.

La alegría está en Cristo.
Francisco sangró de alegría
por Cristo
La Paz está en Cristo.

Sólo por El seremos
espacio infinito.

Contra el odio el amor
contra el odio el amor."

Y la figura de San Francisco vuelve a surgir como una clave catártica de la obra de Pellicer.

"Usted habla tal vez de panteísmo en el sentido oriental —corregía Pellicer a su paisano Carlos Becerra—. No, dentro del catolicismo hay algo más parecido a eso. Mi encuentro con San Francisco de Asís fue decisivo. Cuando lo conocí me identifiqué con él. Como el Santo, yo también me siento roca, pájaro, árbol (...) Toda obra de arte es generadora de luz. El cristianismo también es eso, en un sentido más necesario. En Tabasco decimos por 'despertar': 'recordó' muy temprano, porque la oscuridad es también olvido, y es que uno despierta y al despertar ve. La luz no es, pues, un rechazo de la sombra, sino más bien una absorción de ésta."

El niño de los pantaloncitos cortos había comulgado ya. En su primer viaje a Italia visitó Asís. Seguiría componiendo Nacimientos hasta el fin de sus días, hermanado con todo, pues para él —museógrafo, hijo del revuelto trópico— el caso tenía remedio.

“—El orden en San Francisco —le precisó Emmanuel Carballo— consiste en unificarse: hermano lobo, hermano sol, y unos días antes de morir: hermana muerte. Hay en él un principio de unidad que es el orden. Su pasión por la naturaleza revela también ese principio. Cuando paseaba por los campos de Italia, al principio de la Primavera, les decía a los campesinos: ‘Por favor una fajita, muy delgada, entre una parcela y otra para que allí nazcan las flores que ya vienen’. Allí está la parte mágica. En la tierra que no se tocó, allí nacen las flores. Claro, las flores silvestres, que son las más fraternales...”

EN BOLÍVAR, CON TODA MI ALMA

A veinte minutos de Bogotá queda esa caída de agua. Escurre, se despeña el río convertido en cortinas de bruma descendente. El Tequendama, le llaman. Bogotá, Colombia, los Andes, y el joven mexicano de 22 años, de perfil, en un plano más próximo, posa para la fotografía sosteniendo un bastón entre las manos. Descansa recargado sobre el perfil del mirador. Lleva sombrero. Hace un año que vive en Colombia, representa a la Federación Mexicana de Estudiantes y estudia en el Colegio del Rosario. Volverá dos años después a su patria, donde acompañará, de regreso otra vez a esas naciones andinas, a José Vasconcelos. Años juveniles en que el contorno queda impreso en la memoria con fotográfica intensidad.

Carlos Pellicer asumió, a partir de aquellas experiencias juveniles en Colombia, una suerte de militancia bolivariana, latinoamericanista, indigenista, casi como chovinista continental. Antes, a los 19 años, el juvenil poeta ya escribía: “¡Cuitláhuac, Tzilacaltzin, Cuauhtémoc!... Victoriosa/ fue la derrota indígena de una tarde bella./ Rugió el Popocatepetl cual máxima querella/ y dicen que no hubo ya otr’ alba luminosa.” (*Tríptico de la Tristeza Heroica*).

El heroísmo de los vencidos, ya fueran quechuas, mayas, incas o aztecas, es una constante de su palabra. “Caballero Aguila,/ tráeme el

ojo de una estrella./Pero líbrala de las puestas de sol./¡Muy alta es mi tristeza!/Caballero Tigre,/tráeme unas ramas de roble./Pero que estén huracanadas.” (*Piedra de sacrificios*).

Ese grito de nacionalismo y soberanía es el que Pellicer le atribuirá, luego, al héroe *libertador* sudamericano. En 1927 Pellicer escribe a su amigo Guillermo Dávila:

“He dado conferencias sobre Bolívar, una de ellas ante 10 000 obreros. Asistía el orador español M. Domingo. Duró 20 minutos y la gente quedó ardiendo. He dado un curso sobre Bolívar. No ha sido una admiración: ha sido una pasión. Mis amigos se quejan ya de mi bolivarismo. Algunos han protestado ya por escrito. Más aún: se afirma por ahí que soy víctima de ‘mi’ Bolívar! Oh! Y tantas otras cosas...! Recuerdo que fui varias veces al Tequendama, solo, y que frente a la estupenda catarata me ponía a gritar: Bolívar! Bolívar! a grandes gritos para que nadie lo oyera pues el agua se derrumba a 156 metros de altura.”

Pellicer se siente portavoz de una estrella olvidada. Se presenta como profeta, resucitador, ángel literario de una telúrica anunciación: ¡Bolívar vive!, parece decirnos en su poema. “Hace cien años,/atravesando el corazón desos pueblos,/pasó aquel hombre con las manos iluminadas,/los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio./¡Jamás los hombres/vieron nada má grande bajo el cielo!/Tenía/un bien entonado nombre griego/y el apellido, en vieja lengua éuskera,/significa lugar de molinos./Yo he nacido para cantar en las plazas/de ciudades y pueblos/la vida mágica de aquel hombre/como jamás los hombres así vieron./¡Canta, oh musa, la cólera sagrada/de quien no tiene idioma/y conoce todos los ritmos del silencio!...”

Sin embargo —como compensación quizás del olvido generalizado— el latinoamericanismo pelliceriano-bolivarista es excesivo. Si no, qué son, pues, estas exacerbadas estrofas:

¡Divina bandera de la Esperanza!
¡Bandera divina! ¡el Sol del trópico te aclama!
La América Latina,
simultánime y magnífica,
ha visto la estrella de la mañana.
¡La América Latina está frente al alba!
¡Oh América Latina! ¡Oh Patria inmensa!
¡El Cristo de los Andes te bendice

con su gran bendición de Su Majestad eterna!

(*Preludio himnico a la América Latina*)

Sin embargo, si Pellicer encontró en Bolívar a un héroe muerto a quien poder mitificar hasta el paroxismo; en José Vasconcelos tuvo Pellicer a un héroe vivo, a un maestro, y luego a un amigo. En 1922 se hace secretario particular de Vasconcelos, entonces titular de Educación Pública en el gobierno de Alvaro Obregón. Lo sigue en las buenas y en las malas, cuando Vasconcelos disputa la presidencia en las elecciones de 1929 contra Pascual Ortiz Rubio (y el poder con Plutarco Elías Calles). No por nada, en 1924 prologa bastante elogiosamente Vasconcelos el poemario *Piedra de sacrificios*, que el joven Pellicer publica luego de su *Colores en el mar*; y lo llama, nada pretensioso, "Poema Iberoamericano".

En la reveladora carta de Florencia a Mario Pani, en septiembre-octubre de 1927, Pellicer añade un posdata ilustrador:

"No debo cerrar esta carta sin un recuerdo para José Vasconcelos. Una noche del pasado otoño, llegaba yo por primera vez a Florencia en compañía del grande hombre. El venía convalesciente de Milán. Pasamos aquí tres días en los que vivimos a toda velocidad lo principal. El fue mi guía florentino, apasionado y magnífico. Una mañana, en el Bautisterio, tuvimos una conversación que acaso algún día revelaré. Hoy la guardo con fervoroso respeto y con viva emoción. Desde hace 7 años trato casi diariamente a Vasconcelos. Creo conocerlo como muy pocas personas lo conozcan. Es un hombre extraordinario cuya existencia dramática es, de todas las almas de mi época, la que más me apasiona y la que más me importa. Su amistad es para mí un tesoro. Su estimación me honra y me place y no la cambio por nada en la vida. Una tarde en Florencia me tomó del brazo y me situó frente a una de tantas placas dantescas que iluminaban las calles de la egregia ciudad. Yo vi que sus ojos se nublaron y luego por espacio de algunos minutos no pudo dirigirme la palabra. Frente a las cosas del Beato Angélico le oí decir frases admirables. En el Ponte Vecchio buscaba una piedra grabada para obsequiármela. Trabajo me costó disuadirlo de que no la comprara. A ratos me trataba paternalmente y a ratos fraternalmente. Cuando nos preguntaban si éramos hermanos, se reía como un muchacho y le daba gusto. La intimidad deste hombre ha sido para mí una constante lección de energía espiritual y cívica. No he conocido a nadie más inteligente que él. Su bondad no tiene límites. Su sencillez es fascinante. Él me guiaba por Florencia con cariño y entusiasmo. Un día he de escribir largamente sobre él. Estar con Vasconcelos es una de mis mayores alegrías.

Pero pensar en él tiene para mí el valor de un viaje sideral. Pitágoras!

“No, no podría cerrar esta carta sin un recuerdo para el Maestro José Vasconcelos.”

Hay que leer, después, la *Elegía Apasionada* (escrita en junio de 1960, un año después de la muerte de Vasconcelos) para entender el fervor del discípulo. Dedicada a José Vasconcelos (luego de sus exilios, luego de su orientación pro-fascista), la Elegía propone en sus estrofas:

“¿Cuándo empezaron a volar las flores/ y a inmovilizarse las mariposas?/ Con esta idea sonriente de la muerte/ transcurrió la mañana como un ave en la sombra./ En lo vertical del mediodía,/ soltando las palabras como astillas ardientes,/ me dijeron:/ Vasconcelos ha muerto./ Y el sol, que era ya todo el cielo,/ me pareció una inmensa boca enmudecida/ en cuya soledad las palabras/ sin saber por dónde, se perdieron.(...)”

“Yo estuve cerca de ese hombre/ en la tierra y en el aire,/ en el fuego y en el agua,/ yo presencié la grandeza y la miseria de sus elementos;/ la fragilidad de su cuerpo/ y la solidez de su alma./ En la historia de Nuestra América/ fue, durante un largo instante,/ la estrella de la mañana...”

El apasionamiento político del poeta lo lleva también a escribir poemas de tema heroico, afines a los carteles del Che Guevara y Ho-Chi-Minh que atestiguaban las horas en su estudio. Dice él en la presentación de su *Cuerdas, percusión y alientos* (1976): “Liga a estos poemas de juventud y madurez, una tónica general: el elogio, el homenaje, mi pasión por el heroísmo y la belleza misteriosa del heroísmo, mi protesta permanente, desde siempre, por la injusticia social. Poemas con frecuencia escritos en voz alta. Pero no todo es percusión y aliento: también se oye el sonido de las cuerdas, recordando así, el instrumento invisible del poeta.”

Entre los trabajos recopilados en este volumen, hay que destacar, por sus títulos, los siguientes: “*Breve informe sobre Machu-Picchu*”, “*Fuego Nuevo en honor de José Clemente Orozco*”, “*Discurso a Cananea*”, “*Elegía apasionada*”, “*Palabras y Música en honor de Posada*”, “*13 de agosto, ruina de Tenochtitlán*”, “*Las estrofas a José Martí*”, “*A Juárez*”, “*Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos*”, “*Líneas por el Che Guevara*”.

Aquel muchacho habría de volver al Tequendama, en la cuenca del Orinoco. Escribe en Caracas en 1960: “Y aunque no soy sino un poco

de tinta/riego con ella/la raíz de este día/en cuya noche sólidamente
embarcado/pensé, como siempre,/con toda mi alma,/en Bolívar.”

COMO EL SOL EN EL AGUA

Son 22. Los nombres de algunos ya poco dicen (el tiempo es ingrato y ninguneador) “Gonzalo Zaldumbide”, “Guillermo Jiménez”, “Palma Guillén”. Posan en dos filas, corbatas todos, en la fotografía que hermana a dos generaciones. Abajo, sentados, vemos a Mariano Azuela, incómodo allí; a Enrique Díez Canedo, mirando al frente con prisa de anfitrión; a Salvador Novo, las manos incommovibles sobre los muslos; Julio Torri, la mirada como inmersa tras las gafas líquidas; Samuel Ramos, desafiante. Arriba están, de pie, Jorge Cuesta, la mirada altiva y desquiciada; Enrique González Rojo, la transparencia en el semblante; Artemio de Valle-Arizpe, los bigotes a la Bismark, al centro; Carlos Pellicer, José Gorostiza, una quijada sin pupilas; Xavier Villaurrutia, chaparrito y orejón. La fotografía es de 1932. De todos ellos, Pellicer resalta por su anónima presencia: o llegó tarde o quedó arrinconado en el acomodo del retratista. Hace un año había estado encarcelado por vasconcelista y ahora era profesor en la Secundaria 4. Mira al frente, su rostro ovalado pareciera sacado de una credencial. Tanta fama reunida le oprime su alma exuberante y de espacios azules.

Carlos Pellicer, como persona y como poeta, “es un tratado de desmesura”, reza de él la Enciclopedia de México. “En su obra es más visible la magnitud cuantitativa que la sutileza cualitativa”. En su poesía —para dejar el volumen— “conviven armoniosamente los poemas civiles, los épicos, los amorosos, los descriptivos y los que nacen de contradictorios impulsos religiosos. Sus poemas están basados en el sentido de la vista, principalmente.”

La obra de Pellicer llamó la atención desde temprano. En 1924, al prologar su *Piedra de Sacrificios*, José Vasconcelos toca fondo al señalar:

“Pertenece Carlos Pellicer a la nueva familia internacional que tiene por patria al Continente y por estirpe la gente toda de habla española [...] Poeta de la belleza —como Darío a quien no por eso falta sentimiento—, Pellicer posee el decoro de esa escuela de expresión que busca en la forma un molde que la idealiza y depura. No hay en su alma torrente, ni ante el mismo Iguazú se contagia del trepidar de la fuerza confusa, sino que la resiste, la disocia, la musicaliza, la dispersa en notas o la organiza en sinfonías. Nada en él es turbio; su corazón se conmueve, pero sin pasión perversa, y su mente es cristalina. De allí que todo le va resultando claro; los panoramas tropicales de colorido espléndido, sus emociones que se tornan visión límpida, su pensamiento que se le vuelve paisaje. Leyendo estos versos he pensado en una religión nueva que alguna vez soñé predicar: la religión del paisaje...”

En 1962, cuando Pellicer se había expuesto ya con totalidad, Alfredo Cardona Peña salió en su defensa porque la voz del poeta resultaba intolerable para no pocos:

“...los preocupados por los temas que nada dicen, los perversamente inteligentes y los profesores de abstracción comparada, rechazan en silencio —sin exteriorizarlo— una poesía hecha de materiales tan luminosos como los peces del mar. Les cuesta amar una poesía que es deleite y desbordamiento de los sentidos antes que obscuridades de la razón. Entonces se vuelcan contra el trópico, y hacen una mueca al ‘tropicalismo’. ¿Qué es, en definitiva, el tropicalismo aplicado al arte de la expresión? ¿Será el bla, bla, bla lírico, el no sugerir nada moviendo sonidos? ¿Y qué serán sus contrarios, los antitropicalistas? ¿Serán los que escriben poemas verdaderos por indiscifrables, y los genuinos descubridores del suceso verbal? Hay poetas oscuros, poetas metafísicos, poetas populares y poetas aristocráticos, y éstos últimos, por finos, retocados e incotaminables son los que parecen no entender la vehemencia solar, y lanzan a la cara, con desprecio, el calificativo de ‘poeta tropical’, con interpretación de cosa bárbara y charra... La poesía pelliceriana, hermosamente sucia de pantanos y copiosa de ríos, no puede nunca establecer maridaje con la poesía de laboratorio-caballero, invernadero-frase oscura, cuarto cerrado de los herméticos de la imagen, creada no tanto por los maestros del citado grupo, sino hasta la saciedad por sus corifeos.”

En 1966, Jose Emilio Pacheco y Ali Chumacero dicen de Pellicer, en la nota introductoria que sobre el poeta prepararon para el volumen *Poesía en movimiento*:

“Si López Velarde y Tablada inician nuestra poesía contemporánea, Carlos Pellicer es el primer poeta realmente moderno que se da en México.

No insurge contra el modernismo: lo incorpora a la vanguardia, toma de ésta y otras corrientes aquello útil para decir lo que quiere decir. Cuando muchos de los 'Contemporáneos' exploraban los desiertos de la conciencia, Pellicer redescubrió la hermosura del mundo: el sol que arde sobre los ríos vegetales del trópico, el mar que a cada instante llega por vez primera a la playa. Sus palabras quieren reordenar la creación. Y en ese 'trópico entrañable' los elementos se concilian: la tierra, el aire, el agua, el fuego le permiten mirar 'en carne viva la belleza de Dios'. Mágica y en continua metamorfosis, su poesía no es razonamiento ni prédica: es canto. Gran poeta, Pellicer nos enseñó a mirar el mundo con otros ojos y al hacerlo modificó la poesía mexicana. Su obra, toda una poesía con su pluralidad de géneros, se resuelve en una luminosa metáfora, en una interminable alabanza del mundo: Pellicer es el mismo de principio a fin."

Corrosivo e implacable es Emmanuel Carballo con Pellicer. En la nota de presentación —en su libro *Protagonistas de la literatura mexicana*— dice del poeta:

"Pellicer es un caso asombroso de longevidad poética, parecido al de González Martínez. Se ha pasado la vida escribiendo poemas. Personalmente yo no creo en los poetas mayores de 28 años, por eso ya no creo en la capacidad lírica de los Contemporáneos que aún escriben versos. Al madurar, el poeta debe buscar nuevas vías de expresión como la novela, el teatro, el ensayo, la crítica... Salvador Novo como poeta supo enmudecer a tiempo. No concibo a los hombres gordos, casados y con hijos (o solterones viejos) escribiendo lánguidos poemas que hablan de inmadurez, de deseos reprimidos, de amores fatales y gloriosos. Son deprimentes. Carlos comienza a publicar y a ser famoso antes que López Velarde. Inteligente y sensible, es un tanto inculto. Quizá su incultura lo haya salvado: por lo pronto le ha permitido seguir escribiendo sin pudor y con cierto regusto de adolescencia. Es un gran versificador. Escribe de una tirada, casi no corrige. Su oído es muy fino. Sabe mucho de versificación. Sus caídas son premeditadas [...]. Si se compararan sus poemas con los que crearon y crean los escritores que le son *contemporáneos*, las afinidades son casi nulas y las discrepancias permitirían escribir gruesos volúmenes. Pellicer pertenece a la estirpe de los *exagerados*; sus compañeros de grupo, a la de los *melifluos*. Una y otra estirpes, por supuesto, no se excluyen, se complementan."

Y acota, más adelante, la versión y la valoración que del poeta hace Jaime Torres Bodet.

"En la vida y en la obra de Pellicer es un tratado de desmesura —apunta Carballo. Esta no es de hoy, parte de sus años juveniles.

‘Era Carlos en esos días —escribe Jaime Torres Bodet en *Tiempo de arena*— un joven pálido y atildado de mirada profunda, cejas gruesas y palabra cálida, varonil... Como sus poemas, lo primero que su persona manifestaba era los adjetivos: la corbata de seda espesa, los calcetines brillantes; y, en el meñique, un espléndido solitario.’ Acerca de su obra, sentencia Torres Bodet: ‘Pellicer es considerado ahora, muy justamente, como el poeta de América. Su abundancia verbal constituye uno de los lujos de nuestro continente. Cantor del Iguazú, de Bolívar, de Río de Janeiro, de todas las cumbres y cascadas —naturales y humanas— del Hemisferio, su actitud poética más genuina es la de la oda, su temperatura normal la fiebre, su colaborador incansable el sol. De haber nacido cien años antes, habría peleado en Boyacá o habría escrito un *Victoria de Junín*, menos pomposa que la de Olmedo —porque su orientación literaria era la epopeya. Ya entonces, en sus ensayos de estudiante, estaba todo él presente, con sus adverbios sinfónicos y sus niágaras de nombres, sus mares levantiscos y una católica profusión de campanas pascuales sobre la aurora’.”

Ya en la entrevista, el indagador le hace decir:

“—Octavio Paz, a quien admiro mucho, ha escrito por ahí que yo nunca he podido concluir, redondear un poema...”

“—¿Y tiene razón Octavio Paz?”

“—Afirmo que soy un poeta de fragmentos; acto seguido me elogia, pero la afirmación ahí queda: que soy un poeta de fragmentos.

“—¿A usted le disgusta o le satisface esta afirmación?”

“—Octavio tiene casi razón.”

Y más adelante:

“—¿Se puede decir, don Carlos, que usted forma parte de los Contemporáneos o que es una isla aparte?”

“—No tengo nada que ver con ellos.

“—Usted colaboró poco en su revista.

“—Una vez solamente. Una sola vez.

“—¿Existió una amistad grande entre ellos y usted?”

“—Todos eran difíciles.

“—Usted tampoco debe ser muy fácil, don Carlos.

“—Soy un barrendero, por favor [...]

“—¿Qué hay del pretendido extranjerismo de los Contemporáneos?”

“—No eran extranjerizantes, les deslumbraba simplemente lo que pasaba en el extranjero. Yo, instintivamente, me quedé con la geografía y la historia de México y de América.”

Los “contemporáneos”, comenta después Pellicer a Manuel Yrizar, en 1975, “ese grupo sin grupo, como lo calificó Xavier Villaurrutia,

tan admirable, tan gran poeta, éramos seis, siete más o menos, pero agruparnos propiamente, nunca (. . .) Recuerdo que solamente una vez nos reunimos, y no todos, con motivo de una invitación que el doctor Elías Nandino, poeta admirable, nos hizo para asistir a su consultorio allá por las calles de San Jerónimo para escuchar un poema. Nadie sabía a que íbamos —creo que llegamos a ser seis los que asistimos a esa lectura— y la sorpresa fue grande porque José Gorostiza, esa noche, nos leyó *Muerte sin fin*. La impresión, la emoción que nos causó la lectura de ese prodigioso poema fue inolvidable.”

Una vez muerto Pellicer, con la visión tolerante y resignada que provoca el hecho, Adolfo Castañón y Carlos Monsiváis —entre otros críticos literarios— escribieron sobre el poeta. El primero señalaba:

“...todos sabemos que si la inspiración y el entusiasmo los han hecho posibles, sus poemas sólo inspiran intermitentemente. Era consciente de que en lo que era posible volver discursivo de su poesía no había gran originalidad y respetó más o menos el deseo de atenerse a sus límites. Algunos de sus poemas son fiesta (*El canto del Usumacinta*), otros sólo guardan joyas (. . .) Hay opulencia, la voz se desnuda. Se desemboca inevitablemente en la humildad, la sencillez, el recogimiento. La vigilia de estos sentidos no se abre hacia la ebriedad, la exaltación no es extravío. El exceso en Pellicer aparece también como un medio. Sobria sobriedad. Bajo esta divisa se intenta conciliar el cálculo y el impulso, la lucidez en el seno de la exaltación. Se ha llegado a decir de esta poesía que es un torrente inagotable de metáforas e imágenes...”

Monsiváis es más vasto en su apreciación. Resaltan en su nota estos juicios:

“En 1921 al publicar Carlos Pellicer *Colores en el mar*, se inicia la actitud de encasillamiento divulgada después en su *réclame* publicitario: el Poeta de América. De alguna manera esta suerte de título nobiliario va ocultando —por la grandilocuencia— una política cultural muy específica que Pellicer mantiene a lo largo de su obra espléndida [. . .] el título de ‘Poeta de América’ vendrá a significar, casi literalmente, ‘poeta de ensañaciones encumbradas sin mayor criterio de realidad’ [. . .] Pero —al margen de las intenciones literarias— la flexibilidad omnívora del sistema político mexicano, asimila sin riesgos o dificultades la verbalización vasconcelista y la torna propaganda oficial. Bolívar, Juárez, Morelos que todavía a principios de la década del veinte figuraban ante una vanguardia intelectual como elementos estratégicos, la ‘Voluntad Monumental’ que vivifica a los pueblos, ya para el maximato se consideran

elementos de ornato iconografía de conmemoraciones y días festivos. Pellicer, sin fijarse en esta domesticación de los símbolos, continúa tenaz en sus devociones, produciendo poemas tan extraordinarios como la Elegía Ditirámica a Simón Bolívar o Tempestad y calma en honor de Morelos:

Imaginad:
una espada
en medio de un jardín
Eso es Morelos

“...Para Vasconcelos, en *El Desastre*, el ‘napoleonismo que contagia a la juventud’, toma en Pellicer ‘el disfraz bolivariano’. Más bien, en una atmósfera cultural como la de los veinte oscilante entre el mesianismo y el exilio interno, Pellicer reclama para sí el estallido verbal que anuncia la salvación de los pueblos. Sin anhelo de grandeza no hay redención, ni hay poesía. En este sentido, Pellicer jamás se propuso ser un ‘Contemporáneo’ [...] sino un bolivariano-vasconcelista y su afinidad con los Contemporáneos se dio a través de los intentos de renovación formal y los vínculos de amistad [...] Sea lo que fuere, en esta tradición nacional la tarea de Carlos Pellicer representa un momento culminante, el intento de habilitar, redescubriéndolo incesantemente, un pasado cultural, para darle continuidad y movilidad a nuestro presente.”

A los 24 años (1921) Pellicer escribe con nostalgia de futuro:

“¡Poemas! Si pudiera yo escribir los poemas
en que mi sangre canta como el sol en el agua.
Poemas de mi vida, sin redobles ni gemas,
sin acordes atlánticos ni apogeos de danza.
Decir la melodía de mis horas sin rumbo.
Lo que jamás ninguno pudiera sospechar...”

Y los pudo escribir y los escribió; hasta cumplida su hora.

Luego de muerto aquel ya no tan muchacho, vinieron los homenajes póstumos. Fue velado en el Senado de la República, y luego de inhumados, sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombrs Ilustres.

José Luis Martínez escribió y leyó el discurso oficial en el sepelio del poeta:

“Luego será tiempo de ordenar cuanto fue y cuanto nos dejó su leyenda viviente, las obras de sus manos y las de sus palabras. Ahora, con su muerte, todo lo que fue Carlos Pellicer y todo lo que suyo se nos confunde y atropella. Percibimos que algo grande, múltiple y único se dio en él, que lo compartimos algunas veces y fue como el don de la alegría y el humor a flor de piel, y que ahora esa presencia está concluida y sellada. Comienza a ser historia.

“Sin embargo, podemos reconstruir aún su presencia y el rastro de sus obras. Su voz, ancha y pausada; su cabeza de patricio irónico, que se había vuelto desnuda y como transparente; la juvenil sencillez de su vida. Recorrió una y otra vez las viejas cunas de la cultura humana, como su propio reino. En su juventud —en la juventud de México— siguió la estrella breve que fue José Vasconcelos y padeció cárcel por su creencia. Su amor por las culturas prehispánicas y por los pintores del paisaje mexicano lo llevo a crear admirables museos, concebidos con paciente sabiduría, para dar de nuevo vida a cada poro de las piedras labradas y a cada matiz de los paisajistas. Y gracias a sus afanes, supo mover poderes y máquinas para que México acrecentara sus tesoros.

“Pero si estas obras de sus manos, sin olvidar los Nacimientos, en que cada año reinventaba la fiesta de la renovación del mundo, son memorables, Carlos Pellicer seguirá presente en cada lector que descubra el júbilo verbal de su poesía. ‘Brillan en sus poemas —decía uno de sus amigos— los nombres de las cosas, aparecen diáfanos las plegarias y cobran los colores una existencia prodigiosa. Surge el héroe, se desvela el pecador, avanza el trópico y dicen su misterio viejas teogonías indígenas. Hay agua y arqueología, mística y sensualidad, árboles y lámparas, nubes y palomas. Todo un universo con las manos llenas de color y el alma interrogante’.

“Será siempre más fácil reconocerlo como el poeta del mundo exterior, el que cantó los grandes ríos y la selva del trópico y el que fijó instantes de belleza:

El segador, con pausas de música,
segaba la tarde.
Su voz es tan fina,
que siega las dulces espigas y siega la tarde.

“Pero él fue también el poeta del amor y la desolación que en el mediodía de su vida escribió:

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento

y fue, en fin, el que al lado de la profundización religiosa y de los temas cívicos y heroicos volvió con palabras más sabias a los viejos temas del

paisaje, dibujó una vez más el esquema para una oda tropical y escudriñó su propia y desamparada condición humana:

Ando en mi corazón como en el fondo
de un pozo abandonado que enronquece
la sequía y de noche no merece
ni una estrella en su antártico redondo.

“Este persistente creador de obras hermosas, este defensor constante de nuestras raíces, recibió hace apenas unos meses la dignidad de Senador de la República. Mereció este honor no sólo por haber convertido en poesía el agua, la tierra y el cielo de su tierra tabasqueña y por haber organizado los dos museos de Villahermosa, sino también por la intensidad de su vocación de servicio. Hace pocas semanas declaró Carlos Pellicer: ‘Me acuso de no haber hecho a mis semejantes todo el bien que habría podido hacerles’, y añadió: ‘Hasta que muera seguiré luchando por las causas de los campesinos. En México, queramos o no, las cosas cambiarán en favor de los desheredados. Y digo esto porque siempre he creído que sin el sentimiento de la esperanza, fundado en la justicia y en la belleza, la vida no tiene sentido. Y nadie, ya sea senador, poeta, periodista, o lo que sea, nadie puede ser ajeno a la injusticia social.’”

Permítaseme agregar un testimonio personal. Hace pocos días me visitó Carlos Pellicer para pedirme que seleccionara una biblioteca básica porque quería entregar una a cada uno de los municipios de su Estado. Y agregó: voy a pagarlas con mi sueldo como Senador.

Por decisión del Presidente José López Portillo, la República honra al poeta eminente y al gran mexicano que fue el Senador Carlos Pellicer, con la presencia en sus funerales de altos funcionarios del país. En nombre del Gobierno de la República, y en nombre también de la Academia Mexicana de la Lengua, expreso a los familiares del poeta la más sentida condolencia.

‘En el cielo de nuestros mayores poetas, entre sus pares Othón y Díaz Mirón, Nervo y López Velarde y tantos otros estará su lugar. Y después de la tristeza y del sentimiento de pérdida con que hoy lo despedimos, recordemos que persistirá la alegría y la fiesta de sus palabras, que son ya parte del patrimonio de México.’

David Martín del Campo
México, D.F., a 17 de febrero de 1977

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, José**
Escritos, Archivo del Fondo, FCE, México, 1976.
- BARGELLINI, Clara**
Cartas desde Italia (de Carlos Pellicer). FCE, México, 1985.
- BLANCO, José J.**
Crónica de la poesía mexicana, Departamento de Bellas Artes, Gob. de Jalisco, Guadalajara, 1977.
- CARBALLO, Emmanuel**
Protagonistas de la literatura mexicana, Ed. Ermitaño - SEP, Lecturas Mexicanas No. 48 (segunda serie), México, 1986.
- PELLICER, Carlos**
Poesía, Edición de Luis Mario Schneider, Letras Mexicanas, México, 1981.
- PELLICER, Carlos**
Museos de Tabasco, Guía oficial INAH (sin pie de imprenta).
- PELLICER López, Carlos**
Pellicer, álbum fotográfico, FCE, México, 1982.
- ZAID, Gabriel**
Omnibus de poesía mexicana, Siglo XXI, México, 1972.
- OCTAVIO, Paz, ALI, Chumacero, et. al.,**
Poesía en movimiento, Siglo XXI, México, 1971.

Publicaciones periódicas:

El Día, Feb. 20, 1977: "Cosilla en el Homenaje a Carlos Pellicer", de Ricardo Cortés Tamayo, p. 12.

El Día, Feb. 17, 1977: "Material Poético, de Pellicer", de Alfredo Cardona Peña, p. 20.

Novedades, Sept. 3, 1954: "El poeta católico, de los colores, va contento hacia el anarquismo", de Elena Poniatowska.

UNOMASUNO, Feb. 16, 1978: "La última entrevista con Carlos Pellicer", de Manuel Yrizar Rojas. p. 18.

UNOMASUNO, Feb. 14, 1987: "Nostalgia de Pellicer", de Fedro Guillén. p. 21.

Siempre, Mar. 18, 1977: Suplemento *La Cultura en México*: "Mi trato con los escritores", de Carlos Pellicer; "Carlos Pellicer: una poesía solar", de Efraín Huerta; "Pellicer y la tradición mexicana", de Carlos Monsiváis; "Mudo espío mientras alguien voraz a mí me observa", de David Huerta; "Ocios, vigilia e itinerario de Carlos Pellicer", de Adolfo Castañón.

Siempre, Dic. 5, 1973. Suplemento *La Cultura en México*: "Diálogo con Carlos Pellicer", de José Carlos Becerra.

Siempre, Feb. 24, 1977: "Carlos Pellicer, Hombre de aquel tiempo" de Alejandro Gómez Arias.

Vuelta, Feb. 1987: "Tres poemas inéditos de Carlos Pellicer", nota de Carlos Pellicer López. p. 69.

